

SYMPOSIUM SOBRE EL CODICE DE MEDICINA AZTECA
DE MARTIN DE LA CRUZ Y JUAN BADIANO

II

LA CULTURA AZTECA EN EL SIGLO XVI*

DR. ANGEL MARÍA GARIBAY

ES DIFÍCIL hallar en la historia un hecho tan fascinante como el de la introducción de la cultura europea en México. Un pueblo que vence y un pueblo que es vencido. Pero el vencido no sucumbe sino en lo material. Su alma alienta y brilla y, ávido de nueva vida, asimila la cultura extraña y hace resplandecer la cultura propia. Ha dicho un autor alemán que la Nueva España es una nación que nació adulta. Acaso exagerado, es certero el juicio. Diré algunos hechos en esta breve plática que hagan pensar a mis oyentes en un más profundo estudio de aquel pasado nuestro que sigue perdurando.

La ciudad de los lagos, la más bella del continente, quedó sepultada en el fango al mediar agosto de 1521. Todo presagiaba un silencio de sepulcro. Los pueblos vencidos lloran y callan. Y este es el prodigio. Calló y lloró la raza vencida, pero bien pronto, dueña de los medios de transmisión extranjeros, se puso a recoger los ricos tesoros de su alma, únicos que no le habían arrebatado.

Hay en la Biblioteca Nacional de París un precioso manuscrito que lleva el N° 22. Es el más antiguo en lengua náhuatl que se conoce. En él se canta la heroica y doliente historia del pueblo que cae a la potencia del invasor. Todo su pasado y su presente se encierra allí con acentos dignos de Homero. Ese manuscrito fue recogido en letras de nuestro alfabeto en la sonora lengua de los nativos, siete años después de la caída de Tenochtitlán. En 1528 ya podía el entendido darse cuenta de la vitalidad del pueblo que sucumbió en el orden del pensamiento. Apenas aprende el alfabeto, por la acción benemérita de los prime-

* Leído por su autor en la sesión del día 18 de noviembre de 1964.

ros evangelizadores, llegados en 1524, cuando pone en el papel su vieja tradición y la pintura enrojecida de su abatimiento, con los anhelos de su esperanza. Es la primera manifestación de la cultura de los aztecas que se propone perdurar y difundir al mundo su vida. Siete años de dominio son sumamente breves para que el dominado ya cante su vieja grandeza. Es la fuerza de la vida. Como la planta que, al caer derruido el edificio sobre ella, se obstina y lo logra, en seguir creciendo y dando sus flores.

Siguen otros frutos más maduros. En 1533 Ramírez de Fuenleal se pone de acuerdo con fray Martín de Valencia. Ambos eran los que mayor influjo tenían en la sociedad naciente. Presidente de la II Audiencia, el primero, y capitán del escuadrón de franciscanos, el segundo. Los dos mandan a un hombre nacido casi al nacer el siglo que emplee sus bríos de juventud en una magna empresa. Escribir una historia de la antigüedad prehispánica. Era ese hombre fray Andrés de Olmos, iniciador de la investigación histórica con normas europeas en nuestro México. Venido en 1528 con el gran Zumárraga, se da a la tarea y a base de códices, de relatos, de textos tenazmente recogidos de labios de los nativos, forja el primer cuadro del pasado mexicano. Pero en esta tarea, nada hubiera hecho sin el conocimiento y ayuda que le imparten los indios. Si él había aprendido la lengua, tan hondamente que, siendo el primero que de ella hace gramática, (1547), que nadie ha superado, no bastaba su ciencia lingüística, sino había quien le explicara y diera medios de entrar por los misterios de la vieja cultura. Hubo muchos indios, como él en los escasos fragmentos que poseemos atestiguan, que le guiaron y dieron todos los medios de recoger la abundantísima mies del pasado en los alfólies del alfabeto. Hizo más, abriendo el camino a otros, recogió literalmente de los viejos ya cercanos a la muerte los largos discursos que eran su viviente biblioteca, con que adoctrinaban a los jóvenes o eran consejeros de los mayores. Esos discursos, llamados en su lengua *Huehuetlatolli*, son el más genuino venero para el conocimiento del pensamiento, de la vida, de la sociedad, de la acción del pueblo azteca. Tan importantes fueron y valieron tanto a los ojos de los dominadores, que es casi el único libro que se da a la prensa en la lengua indiana en el siglo XVI, ya agonizante. Y si no fue el único, como no lo fue, es sí el principal y más representativo. Tenemos en él la mina que nos ofrece el tesoro de pensamiento. Hay unos seis manuscritos de su redacción ,repartidos por el mundo, uno de ellos en nuestra Biblioteca Nacional, y el impreso que, a diligencia de fray Juan Bautista, se produce en México, al morir el siglo.

Pero contemporáneo de Olmos era otro franciscano joven. Tan hermoso de físico que dicen era escondido para que no cayera en trampas de amor. Pero era más hermoso su espíritu y fue más hermosa su labor. Hablo de Bernardino de Sahagún. Es el creador verdadero de la moderna etnografía. El entregó sesenta años de su vida, que alcanzó a los noventa, a la tarea de recopilar todo cuanto hay de saberse en la descripción de una cultura. Desde los dioses y ritos hasta

las supersticiones y sortilegios, pasando por la vida social y económica y en limitada parte, por la política, nos ha dado el cuadro esplendoroso de la cultura anterior a Cortés en esta nuestra zona central. El hizo su obra en lengua española a base de un enorme cúmulo de documentos, que son los que pesan en nuestra historia como pesa el oro. En tres largas etapas y en tres distintos lugares reúne materiales inmensos, en varios miles de páginas y en lengua mexicana o azteca. Esos abarcan todo. Medicina y botánica; orfebrería y zoología; astrología y filosofía, con todo lo demás de las minucias humanas. Y todos esos materiales son obra de indios mexicanos, tezcocanos, chalquenses, y de alguna otra región, que poseedores del alfabeto, con sus redes pescan la abundante riqueza viviente de los mares del pasado nuestro. Esos informes de Sahagún provienen principalmente del auxilio de los alumnos y ex-alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado para los indios de las clases altas del pasado, indios caciques, como se les llamaba entonces, por empeños del gran virrey Mendoza y del ilustre Zumárraga, primeros ambos, en el virreinato uno, en la mitra episcopal, otro, y en el amor a los indios y la cultura humana, sencillamente iguales.

En el Colegio de Tlatelolco tenemos uno de los más brillantes ejemplos de lo que fue la vitalidad de la Nueva España en el orden de la cultura. Indios trilingües se les llamaba. Porque poseyendo su lengua y siendo maestros de los mismos profesores suyos en ella, aprendieron el castellano y aprendieron el latín con perfecta corrección. En ellos resalta la cultura azteca, como tenía que ser, pero hay raíces nuevas: la hispana, que entra muy hondo en ellos y la latina que acaso penetra más hondo. Lamentable ha sido que en los vaivenes de nuestra historia hayan perecido los documentos que dan fe de ello, o aunque perduren, no hayan sido ni valorizados ni menos dados a la luz pública.

La tarea de Sahagún, que va desde 1537 a 1589 o acaso 1590, año de su muerte, no solamente dio el fruto de reunir materiales, sino que inspiró tendencias. Fue la primera la de recoger la poesía antigua. El mismo dirige y por su mirada pasa una serie de recopilaciones de poemas. Tenemos una de 1582, hecha en Tezcoco, por Juan Bautista de Pomar, descendiente de los antiguos reyes de aquella ciudad. Tenemos otra que se halla en la Biblioteca Nacional de París, y la monumental de nuestra Biblioteca Nacional, conocida con el nombre que lleva en su portada el manuscrito *Cantares Mexicanos*. En estas colecciones se acumulan unos miles de poemas de diversa índole y calidad, que apenas van siendo dados a la prensa en nuestros tiempos, al cabo casi de cuatro siglos. Dan la riqueza del pasado en gran parte, pero hay también producción poética del mismo siglo de la Conquista. El azteca que había cantado a Huitzilopochtli, a Itz'papálotl, cantaba a Cristo o a María, pero seguía cantando. Había dado el ejemplo el mismo Sahagún recogiendo poemas desde su primera obra en Tepepulco, y lo siguió dando en la forma de poemas cristianos en su *Psalmodia Christiana*, único libro suyo que vio en letras impresas (Méx., 1583).

La otra tendencia fue la de la recopilación y organización de los documentos históricos. Si los antiguos tenían sus medios de conservación de la historia en códices y cantares, él procuró que en un mismo cuerpo se armonizaran los cantares y la explicación de los códices. Citaré solamente dos casos. El del manuscrito de 1558, que abarca en grado menor una cantidad valiosa de mitos y datos y la verdaderamente monumental historia de las ciudades centrales, hecha en Cuautitlán por indios, algunos ex-colegiales de Tlatelolco y en la linda lengua de sus mayores. Este manuscrito de cerca de 1575 está en la Biblioteca de Antropología e Historia, o del Museo, como la llamamos familiarmente.

Ha sido dado a luz y traducido, tanto al castellano, por Velázquez, como al alemán, por Lehmann, pero no ha sido debidamente aprovechado.

He mencionado estas obras porque todas ellas son de indios y están en su lengua materna. Si el benemérito fraile dirige, inspira y ayuda, censura y corrige, es gran director de un movimiento de elevación cultural.

No fue el único sin embargo. De paso y ligeramente mencionaré otros personajes que imitan o emulan su obra.

Diego Durán es el primero. Nacido en Sevilla, viene a vivir su infancia y su niñez en Texcoco, a la edad de cinco años. La mudanza de niño en hombre se realiza en íntimo contacto con la gente indiana y cuando de allí sale para vestir el hábito dominico, a la edad de dieciocho años, es para seguir unido con sus indios hasta la muerte. El escribe la más fascinante historia de aquella cultura viva. Si se expresa en el limpio español que con gallardía se hablaba en México en el siglo XVI, su alma es india, su emoción es india, sus mismas aspiraciones son indias. Puede decirse que es acaso el primer mexicano que expresa la conciencia nacionalista. Conocedor profundo de la lengua, como es de suponer, dada su crianza, recoge de labios de los ancianos y de los colegas de juventud todo lo que atesoraba aquella vida y tiene a su disposición documentos valiosos de la vieja sabiduría que ya no pueden hallarse en nuestras manos.

Del mismo hábito dominico fue Martín de León, que igualmente indaga y embebe en el campo mexicano. Es uno de los traductores de obras extrañas a la lengua náhuatl y escribe una historia de que se habla largamente, pero que jamás ha sido descubierta.

Menciono en tercer lugar a otro obrero de esta elevación cultural de la vieja raza que va por los pasos de Olmos y Sahagún.

Juan de Tovar nace en Texcoco dos años antes de que Durán llegara. Pariente y compañero de aquél, convive hasta entrar al sacerdocio. Más adelante llega a canónigo de la iglesia catedral y cuando los jesuitas llegan, en 1572, se une a ellos. Como Durán se había criado entre indios y supo a maravilla su lengua y sus tradiciones. Por eso cuando el virrey Enriquez quiere renovar la tentativa de Ramírez de Fuenleal para hacer una historia de la antigüedad mexicana, le da a él la encomienda. Los sabios de México, Texcoco y Tula —como él lo dice—

se unen a él en esta labor y teniendo a la vista manuscritos y códices, elabora "una historia bien cumplida", en frase suya, que es llevada a España con los documentos que le daban base y autoridad.

No hay que dejar pasar en silencio al famoso don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Descendiente también de los reyes texcocanos, reúne materiales en la forma antigua que eran códices y en la iniciada en 1528, que eran manuscritos, casi siempre contruidos por el comentario directo de los códices y por los relatos de los naturales en su propia lengua. En ella escribe don Fernando y más tarde hace una historia en lengua castellana elegante y bella, no sin el dulce sabor que va a darle la infiltración de mexicanismos.

Estos son en un modo o en otro tributarios de la tendencia y sistema de Sahagún, pero estos y otros que omito llevan la savia del pensamiento y la floración de la cultura náhuatl.

Con él se cierra el siglo. Aunque vienen otros laboriosos estudiantes de la cultura náhuatl tengo que omitirlos ahora.

Pero no omitiré un hecho para mí el más significativo. Hablo de la traducción de obras de Occidente a la lengua de Nezahualcóyotl.

Cuando una lengua traduce y toma para sí los tesoros literarios de otras da muestra de dos valores. El de su propia capacidad de expresión en que puede transvasarse todo pensamiento, y el de su anhelo de enriquecer su tesoro nativo.

Este es el fenómeno que se realiza en aquel siglo en esta Nueva España. Son numerosísimas las traducciones de obras europeas. Ni siquiera se ha hecho un catálogo de las que conocemos directamente o por referencias. Era natural que los evangelizadores trataran de dar a sus neófitos alimento sólido en su lengua, tanto más que la hallaron tan capaz de recibir todo pensamiento aun en elegantes formas. Lo que me interesa en este momento es que todo lo que se hizo, o fue obra de los indios, o con la ayuda constante y eficaz de los indios.

Tenemos en los manuscritos náhuas de nuestra Biblioteca Nacional abundantes traducciones y aún comentarios de libros de la Biblia. Evangelios y epístolas en fragmentos, pero en forma completa versiones del Eclesiastés y los Proverbios, con sus propios comentarios en elegantísima lengua y con precisión admirable. Si los debemos a un franciscano, Luis Rodríguez, es por ayuda de algunos indios que él mismo nombra. Hay un largo fragmento de Job, acaso del mismo traductor.

De otro orden también religioso, como es de suponer, dada la finalidad de aquellas traducciones, tenemos al menos dos versiones de Kempis, una de León, que mencioné arriba y que no ha sido descubierta y la otra de autor discutido, pero franciscano, que se halla en manuscritos de la Biblioteca del Escorial. Tenemos en nuestra Biblioteca Nacional una versión del libro de Severino Boecio, de tanta fama en la edad media naciente, llamado *De la Consolación de la Filosofía*. Y como éstas, otras que no puedo ya mencionar. Todas ellas directamente elaboradas del latín al náhuatl, por indios o con la ayuda de ellos.

De orden más profano, hay dos versiones de las fábulas de Esopo, tan célebres en toda lengua. Una de ellas en que entra la mano de Sahagún y está en los manuscritos de la Biblioteca Nacional fue dada a luz por Peñafiel al finalizar el siglo pasado.

No es posible mencionar las obras que del español se tradujeron al náhuatl. Pero no dejaré de anotar un bello intento: el de la traducción del Homilias de S. Juan Crisóstomo, del griego al náhuatl, sin pasar por el latín ni menos por el español. Y si esta obra, hoy día desaparecida, fue de Fray Juan de Gaona, que había sido profesor de griego en la Universidad de París, le sirvieron de informantes y le ayudaron a hallar la justa correspondencia en su lengua los mismos indios.

Hay que tener en cuenta ahora el fenómeno opuesto. Quiero decir, la versión de textos náhuas al latín. Hecho que resalta precisamente en el manuscrito en cuya celebración nos hemos reunido y que va a ser objeto de las sabias disertaciones que siguen. Si es el más importante y el más digno de fama, no es el único. Me basta mencionar sólo la grande y bella Carta de Pablo Nazareo escrita en buen latín en que hallamos tantos hechos y dichos de la historia azteca puestos en lengua extraña desde su nativa belleza.

El caso de este Códice Badiano en que un indio del nativo náhuatl traslada a un latín digno de Plinio, es un clamor de gloria que celebra la cultura de los vencidos adueñándose de los ricos instrumentos de los vencedores.

Doy fin con un solo pensamiento. El brillo de tres culturas irradia la cuna de México. Pervive el resplandor del pasado, que seguirá derramando sus fulgores. Viene una luz nueva tras la violencia y creará una cultura novohispana original y fecunda. Y como hilo que ata y refuerza al humanismo español estarán Roma y Grecia inmortales. Y de esta cultura tejida de tres hilos podrá decirse el proverbio del sabio hebreo: "Cuerda de tres hilos no puede romperse". Y como símbolo de esta triple corriente está este códice elaborado en 1552 primero en náhuatl y luego en latín, por manos trigueñas, bajo la mirada y el pensamiento director del hombre blanco.

Así México, desde entonces, abría sus ojos a todo horizonte y abría su corazón y sus brazos a todo progreso, y ofrendaba él mismo, con pródiga generosidad sus tesoros propios, como programa de acción al correr por el camino de los siglos.